

Página de vida

LA LECCION INTELECTUAL DEL SEMANARIO MARCHA

por Angel Rama

Mi relación con el semanario uruguayo Marcha es tan larga como toda su existencia y ésta es tan larga como una vida humana completa, habiendo quienes piensan que tan larga como la eternidad. Comenzó en 1939, cuando apareció su primer número, que la impenitente curiosidad de mis 13 años me llevó a comprar, y desde entonces no cesó, generándome esa adicción de los viernes que acabó contagiando a miles y miles de uruguayos y latinoamericanos en los años de esplendor de Marcha, en la década del sesenta. Hoy, en 1982, se mantiene igual, y vivo a la expectativa de los Cuadernos de Marcha que Carlos Quijano hizo renacer en el exilio mexicano, junto a una robusta editorial, siendo de ambos su colaborador asiduo. Hablar de Marcha es hablar de mí mismo. Más de una vez he dicho que fue educadora de no menos de dos generaciones de uruguayos y un instrumento capital de la modernización intelectual del país, por lo cual es coherente que el militarismo retrógrado que se apoderó del gobierno en 1973 la haya clausurado, haya arrasado con sus depósitos e incluso haya prohibido que se lea libremente la colección que guarda la Biblioteca Nacional de Montevideo. Como los uruguayos somos tercos y tesoneros (desde chiquitos se nos vendió la divisa de que debíamos ser tan ilustrados como valientes) el semanario transformado en revista revivió en México en 1979 y aun revivió la Editorial de Marcha fundada en los años sesenta.

Las revistas, por más numerosos y variados que sean sus colaboradores (y la larga vida de Marcha acarreó sucesivos recambios del equipo), son la obra de un intelectual empeinado, llámese Silva Herzog para los Cuadernos americanos, José García Monge para el Repertorio Americano, Victoria Ocampo para Sur o Nilita Vientos Gastón para Asomante-Sin Nombre. Para Marcha fue Carlos Quijano, el misterioso editor cuyo nombre no apareció al frente de la publicación por no menos de veinte años y cuyos edito-

riales de página cuarta, muy frecuentemente consagrados a temas de economía con abundante despliegue de numeritos, jamás llevaron firma. Pisaba los cuarenta cuando comenzó a publicar el semanario y ya tenía otras aventuras periodísticas en su haber, amén de una carrera de abogado, de profesor de ciencias económicas y de político en las filas de uno de los grandes partidos tradicionales del país, el Nacional, en el sector del llamado radicalismo blanco.

Siempre me han divertido las clasificaciones políticas de la publicación, sobre todo las de extranjeros que tienen esa constitutiva dificultad para percibir la singularidad estrictamente nacional y americana de nuestros movimientos ideológicos y tienden a incorporarla a los esquemas internacionales. Desde la filiación izquierdista hasta la comunista, pasando por sus nutridas subdivisiones, hemos conocido de todo. Lo sé bien en carne viva, pues por haber sido colaborador de Marcha, el Departamento de Estado de USA me ha clasificado hasta el día de hoy como miembro del partido comunista, lo que ha producido el regocijo de mis compatriotas de ese partido, que ellos sí conocen, debido a nuestros entronazos, mi larga afiliación socialista. Que yo recuerde, el único comunista que tuvimos en Marcha fue el admirable hombre y admirable dibujante Julio E. Suárez que firmaba sus caricaturas semanales con el seudónimo de Peloduro. El equipo respondía a todos los pelajes políticos imaginables, cambiantes a lo largo de los años y creo que solo podría agruparlos una denominación: opositores, a la injusticia social, a las dictaduras a la ineficiencia, a la corrupción, al atraso en que las oligarquías mantenían al continente, a las intervenciones imperiales y a las exacciones económicas, al estancamiento y el provincianismo cultural. Quienes coincidían en éstas y otras oposiciones, difícil que se pusieran de acuerdo

respecto a un programa económico, social y político, aunque sí convergieran respecto a un cambio profundo de la estructura socio-económica del país y a una amplia defensa de las libertades públicas y de los derechos humanos inalienables. Su director y el equipo fundador, venían del Partido Nacional, que los jóvenes lectores visualizábamos como el más conservador y retrógrado del país por lo cual nos salteábamos los innumerables editoriales reclamando la unidad del partido y su renovación modernizada: a eso habíamos renunciado alegremente. Y cuando veinte años después, en la inminencia del retorno al poder de ese partido, el director del semanario abrió el paso a una expectativa socialista, pudimos sentirnos coherentemente en nuestra casa.

Curiosamente, ella sirvió, en mi caso y en el de muchos, para que nuestra tendencia universalista (en filosofías, concepciones políticas y sociales, arte y literatura) recuperara una tierra propia, un tesoro pasado nacional y se religara estrechamente con los destinos latinoamericanos a los cuales Quijano y sus compañeros iniciales se habían vinculado juvenilmente. Podría decirse que Quijano fue un producto intelectual de la Reforma Universitaria y del movimiento estudiantil anti-imperialista de los años veinte y su compañero Julio Castro (torturado y muerto por la dictadura militar uruguaya) un educador vinculado a las experiencias mexicanas en materia de enseñanza (fue maestro en Pátzcuaro), del mismo modo que Arturo Ardao fue un historiador de las ideas en el país y en América Hispana.

Pero el semanario no se leía solo por sus proposiciones políticas, sino porque incorporó al país una visión moderna en todos los ámbitos de la vida nacional siguiendo un patrón periodístico francés, donde contó con mucho la lección de Le Monde. Las iniciales 16 páginas, y luego las

32 suculentas y aun después los numerosos suplementos en muchas ocasiones, concedían una atención por la cultura que no se conocía en los poderosos diarios del país. Teatro, cine, exposiciones, literatura, música, ballet, eran tratados en el mismo nivel de atención que la política internacional, la situación de América Latina, los conflictos nacionales, la vida cotidiana. Solo después de décadas, los diarios grandes aprendieron que debían tener secciones solventes de literatura en que se ejerciera una crítica exigente y responsable, y similares secciones de espectáculos, las cuales fueron proveídas por antiguos colaboradores del semanario. Aun hoy, en las publicaciones que tesoneramente aparecen en Montevideo bajo la dictadura y son perseguidas o clausuradas por los militares con arbitrarios procedimientos, se reencuentra el "modelo Marcha" : no menos de la tercera parte de estas revistas y semanarios está consagrada a las actualidades culturales. Y en cuanto sus fuerzas se lo permiten, aspiran a presentar la guía calificada de los acontecimientos culturales de la semana que hizo de Marcha la obligada consulta de todo espectador culto llegado el week end. (Conviene no olvidar que Marcha fue contemporánea y contribuyó notoriamente a la expansión de los teatros independientes, las cinematecas y cineclubes, la explosión editorial de los sesenta, el desarrollo de la música y las artes plásticas, que por un breve lapso adquirieron una importancia desmesurada para la ciudad de un millón de habitantes que era Montevideo entonces).

Es de la parte cultural del semanario y sobre todo de su sección literaria que puedo hablar con mejor conocimiento de causa. Por ella desfilaron prácticamente todos los intelectuales que aspiraron a una renovación de las letras de conformidad con la pauta histórica que se vivía. El primer director literario (y también primer secretario de redacción del sema-

nario) fue el novelista Juan Carlos Onetti, que en ese mismo año 1939 publicó su librito El pozo; el último, por unos pocos números, fue la escritora y traductora Mercedes Rein (las mejores versiones de Brecht que se hayan visto en los escenarios montevideanos) que padeció cárcel junto con Carlos Quijano y Juan Carlos Onetti, al ser clausurado el semanario, por la publicación de un cuento del joven narrador Nelson Marra. De un extremo a otro,  toda enumeración es pasible de olvidos, pero sin duda allí estuvieron Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, Sarandy Cabrera Mario Trajtenberg, Carlos Martínez Moreno, José Enrique Etcheverry, Gerardo Fernández, Eduardo Galeano, <sup>Carlos Maggi</sup> aunque algunos eran responsables de otras secciones. Los más largos períodos estuvieron a cargo de Rodríguez Monegal, Jorge Ruffinelli y yo.

Después de un año en que fui responsable de la sección (1950-1951) junto con Manuel Flores Mora, volví a hacerme cargo de ella en 1958 y en 1968 se la entregué a Ruffinelli. Por esa época el sistema de muñecas chinas unas dentro de otras que es la norma del trabajo de los intelectuales en los países subdesarrollados, había llegado a su delirio: dirigía el Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad y dictaba la cátedra anexa sobre ese campo, era profesor de Historia del Teatro en el Conservatorio y profesor de Literatura General en la Preparatoria, ocupaba el cargo de crítico teatral en un diario vespertino, Acción, dirigía la editorial Arca que publicaba un libro por semana y acababa de fundar los Editores Reunidos con la cual lanzaría una publicación semanal de gran tirada, la Enciclopedia Uruguaya, destinada a reconstruir la historia de la civilización nacional. Por lo tanto entregaba el material para cada número los lunes y pasaba como una ráfaga los jueves por la imprenta para dirigir el armado, en el menor tiempo posible. Don Carlos me

invitó a almorzar en el Aguila, como hacía todas las veces que teníamos un problema a tratar: "Así no puede seguir, Angelito", "Conforme, ¿qué le parece si nombra a Jorge Ruffinelli?" (había sido mi ayudante en la Universidad y ya venía colaborando en el semanario, a pesar de su edad, con mucha solvencia). Volví a ser lector del semanario y a pesar de mis alejamientos para dictar cursos universitarios en el exterior, no dejé de enviar esporádicas colaboraciones.

Si tuviera que caracterizar esos diez años de mi dirección literaria, diría que a diferencia del período que ocupó Rodríguez Monegal haciendo de la sección un <sup>y</sup> sucursal de la revista Sur y de su deslumbramiento respecto a las letras anglosajonas, busqué desarrollar una perspectiva cultural latinoamericanista, situando a su gran literatura en los marcos sociales e ideológicos que le conferían su fuerza original. Como es sabido, la Historia escribe con nuestra mano, y el año 1958 en que me hice cargo de Marcha fue el de la caída de las dictaduras (en Colombia, en Venezuela, poco después del fracaso peronista, poco antes del derrumbe de Batista) y el de una intensa remoción continental en que se inscribirían muchos episodios infaustos pero asimismo una expectativa multitudinaria de renovación a la cual debimos el repentino auge de la narrativa latinoamericana, eso que después pasó a llamarse pobremente el "boom". Cuando don Carlos me dijo que esta orientación había permitido que al fin el semanario alcanzara una global coherencia ideológica, me sentí recompensado, aunque también pensé, evocando sus editoriales del 58 en vísperas de las elecciones en que se clausuraron los cien años del partido colorado y el partido nacional ascendió al poder, que también la Historia escribía con su mano y todos no éramos otra cosa que sus aprendices. Esa coherencia parecía estar alcanzándola dificultosamente el propio semanario, mediante el único basamento firme: una adhesión a las demandas espirituales y mate-

riales de los desamparados pueblos hispanoamericanos que habían entrado a la escena histórica y que comenzaban a apropiarse de una tradición cultural robusta en la que inscribirían sus nuevas creaciones. La invariable carta de triunfo, como se ha visto en los Cuadernos reaparecidos en México, fue esta revolucionaria afirmación de la cultura latinoamericana, sin que el fervor de la causa apagara nunca la lucidez crítica de la visión, pues si algo aprendimos todos en los largos y zigzagueantes años del semanario fue a pensar con independencia, fuera de las consignas partidarias y el emocionalismo del momento, valorando primero que nada el interés real y profundo del continente latinoamericano, única obligación que no podía deponerse ante nada y ante nadie, viniera del lugar que fuera en el vasto mundo externo.

En mi caso fue este principio el que me vedó inscribirme en ningún partido político y por dos razones que admiten variados y opuestos calificativos: primero, para no deponer mi independencia crítica ante ninguna imposición partidaria que pudiera no compartir, renunciando por lo tanto a los beneficios y a los perjuicios del grupo o la parroquia; segundo, porque el campo que elegí fue el de la cultura latinoamericana (y dentro de ella, más restrictamente, la literatura) y supe siempre que su radio era infinitamente más extenso y más importante que cualquier definición doctrinal, filosófica o política, del mismo modo que el radio de la nación supera holgadamente el de sus múltiples sectores o clases. No es responsable Carlos Quijano de que yo crea que esa fue su enseñanza, aunque eso implicara quedarse solo en algún momento. Solo aparentalmente: en verdad se está en el centro del torrente que desde el fondo de los siglos pasados conduce al futuro mejor y en esta perspectiva, las molestias presentes son meros accidentes.

Cabría, para cerrar esta sumaria descripción, recapitular los diez

años de conducción literaria del semanario, pero no dispongo de la colección y no sé tampoco si me interesaría ese autoanálisis. De las cosas que con mayor adhesión recuerdo, son los suplementos correspondientes a los 25 años de Marcha en el año 1964, donde reuní un abanico de escritores hispanoamericanos que iban de Neruda y Asturias hasta los recientes Vargas Llosa y Carlos Fuentes, para ofrecer un panorama de la que entonces llamaba "literatura del medio siglo" abarcando diversas generaciones para destacar el esplendor que habían alcanzado sus letras. Y entre las numerosas polémicas, más o menos ácidas, las sostenidas con los escritores comunistas, pues el "realismo socialista" soviético ha sido siempre mi "bête noire", y la muy pintoresca con Pablo Neruda.

Nunca he sido nerudiano pues siempre fui vallejiano, sin que esto me impida reconocer la magnificencia poética del chileno. Cuando apareció su libro Navegaciones y regresos, un típico libro de recortes y de cumplidos en el estilo de la década rosada ("querido hermano Pablo") que siempre he detestado por su insufrible retórica, me indigné y escribí quince centímetros de columna diciendo que no estaba a su altura y que un poeta de su calidad debería recordar el rigor de Vallejo y su esencial servicio de la poesía. Apareció el mismo viernes en que Neruda cayó repentinamente por Montevideo, a pasar unos días en la casa de sus (y mis) amigos millonarios. Coincidentalmente despedí a unos familiares en el aeropuerto ese día y allí encontré a la plana mayor de la intelectualidad partidaria, cuyas caras consternadas proclamaban que llevaban el recorte en el bolsillo. Cuatro días después anunció un recital de su poesía en un teatro local, al cual mi agitada vida de entonces me imposibilitó asistir, perdiéndome así un espectáculo regocijante que me concernía. Una espléndida actriz, Dadh Sfeir, se prestó al inmerecido honor de recitar frase a

frase mi nota bibliográfica, a la cual el poeta somnoliento contestaba con largas lecturas de sus poemas, incluyendo, claro está, sus poemas al "hermano César". Contesté en el siguiente número de Marcha recordándole que las "payadas" populares se hacen con dos partícipes y que gustosamente hubiera aceptado su invitación, pues si bien creía que era uno de los mayores poetas de la lengua, no creía que fuera Dios.

Quedamos distanciados y nos aproximó años después un episodio insólito, la carta de los cien intelectuales cubanos atacándolo porque había almorzado con Belaúnde en Lima. A mí me pareció esa reacción una enormidad, imperdonable habida cuenta de lo que había hecho por Cuba y su revolución el chileno, por lo cual procuré que la publicación de la carta en Marcha fuera acompañada de las declaraciones de Neruda que recabó nuestro corresponsal en Chile y que se le tratara con el respeto que cabía a su obra y a su persona. Volvió a Montevideo y pidió que nos reuniéramos: todavía seguía irritado con los cubanos, a quienes nunca perdonó, especialmente a Guillén y a Retamar, como lo dejó registrado en sus Memorias. A modo de ofrenda de paz, grabó para nosotros un LP entero con poemas suyos dedicados o concebidos en el Uruguay, LP que por diversos azares nunca llegó a editarse y que algún día ~~será~~ recuperaré y publicaré en su honor.

Sólo quienes han atendido una sección literaria semanal, con cuatro a seis páginas que llenar, saben la tortura cíclica que impone, con los dos momentos de pánico que tienden a producirse fatídicamente los domingos (la repentina muerte de un gran escritor y el repentino premio internacional, sobre todo los que otorgan los malditos del Nobel) y exigen la documentada nota para el próximo jueves. Era el honor del semanario lo que se jugaba en esas ocasiones: mientras los diarios reproducían los

servicios de las agencias internacionales, a nosotros (a mí!) me cabía el artículo de fondo informando de la personalidad, su obra y analizando sus principales producciones. Lo más parecido a la parrilla de San Jerónimo que haya conocido, la cual me perseguía por doquiera y viajaba: cuando la muerte de Ramón Gómez de la Serna, quien tuvo la cortesía de agonizar durante varios días, yo estaba dando un curso en Santiago de Chile, de modo que entre clase y clase me aposentaba en la Nacional de Santiago a releer sus obras e ir redactando precautoriamente el obituario, calculando que le llegara al semanario con tiempo; cuando le dieron el premio Nobel a Steinbeck (¡a quién se le puede ocurrir sino a la Academia sueca!) yo estaba en Paris, de modo que después de comprar las ediciones francesas de sus libros y teclear la noche entera, salí corriendo para Orly a depositar un paquete en manos del piloto de Air France que partía para el Río de la Plata. Pero otras veces las dificultades parecían insuperables: el viernes la Academia Sueca anunció que le habían dado el premio a Ivo Andric de quien no había un solo libro en español (al menos en Montevideo) y desde ese día hasta el jueves siguiente, me aposenté durante ocho horas diarias en el cotolengo de ancianos de una Iglesia, para que un paciente sacerdote yugoeslavo de ochenta años me tradujera de viva voz las novelas de Andric que él tenía en su poder (igualito al cuento de Evelyn Waugh sobre el lector de Dickens) mientras yo le servía unas copitas de jerez y tomaba notas, procurando que el anciano no se distrajera mucho con sus explicaciones aclaratorias sobre la geografía de Yugoslavia y las peculiaridades de su cocina.

Creo que fue Cyril Connally quien ha dicho que un crítico es un hombre que semanalmente recibe veinte libros de los cuales no hubiera querido leer dieciocho. Puedo decir que yo tenía un entrenamiento excepcio-

nal pues durante diez años, antes de entrar a Marcha, fui jefe de adquisiciones de la Biblioteca Nacional de Montevideo, y como además no tenía auto y mis primeras clases en el Secundario estaban situadas en los más alejados puntos de la ciudad (contribución de las autoridades a la cultura de sus jóvenes profesores), iba y venía pegado a una biblioteca ambulante que recorría toda la clasificación decimal Dewey, antes de que pasáramos a la A.L.A., donde decidí aposentarme en el PQ, con excursiones al F y H, renunciando a la sabiduría universal para siempre. Aún así, el cartero se transformó en el enemigo, las editoriales en el demonio y los autores en una jauría. Más grave aún, llegó un momento en que perdí eso que Cobo llama "la alegría de leer" pues ella solo nace del placer de ciertos y selectos textos. Y la monumental biblioteca que había reunido, por ese otro exquisito placer de tener los libros en casa, exigía un espacio que mis recursos no me permitían, cosa que me hace muy comprensivo de los desvelos de mis amigos mexicanos, José Luis Martínez, José Emilio Pacheco, Fernando Benítez o Huberto Batis que como yo, concluyeron viviendo dentro de una biblioteca. Y nadie crea lo que dicen de las bibliotecas universitarias norteamericanas: en ellas están todos los libros menos los que uno desearía leer. Nada sustituye el aristocrático placer de la biblioteca propia y un estado responsable y organizado debería regalarle una espaciosa casa a todo ciudadano que reúne una biblioteca importante.

Pocos sabían que las bibliotecas privadas de Montevideo eran espléndidas, pero por mi trabajo en la Nacional, a la cual su director Dionisio Trillo Pays había incorporado las bibliotecas que naufragan a la muerte de sus creadores, cuando la viuda o los hijos deciden mudarse a un apartamentito, yo estaba al tanto y decidí contar en Marcha cómo eran estos te-

soros secretos (las espléndidas colecciones de Antonio Grompone, Armando Piroto, José Figueira quien tenía 45.000 libros en una casa ruínosa y vivía atado a ella como un esclavo, sin poder ni siquiera limpiarla y mucho menos saber qué poseía) e hice una serie de lo que llamamos periodismo cultural, pues éste también cabía en nuestro semanario, aunque en cambio he sido bastante reticente a las "entrevistas" que han acabado por liquidar la crítica, confiriéndole al autor el derecho a juzgarse a sí mismo y explicarse en lo que entiendo un ejercicio solipsista que no consigue el placer pleno de la doble participación en el amoroso juego de la lectura.

Esta es la parte más importante del trabajo y no me corresponde juzgarla. Si en el rubro nacional consiste en atender críticamente, no todos claro está, pero sí los más importantes libros que se publican, lo que la mayoría de las veces no es lo que llamaríamos una grata tarea (aun el franco elogio de una obra, difícil que sea justo lo que el autor preferiría, y nunca olvidaré el pleito que mi querida amiga Clara Silva me levantó porque había antepuesto el adjetivo al sustantivo y hablado de que su obra era de "una cierta autenticidad") en el internacional consiste muchas veces en descubrir a los autores de obra artísticamente válida que aún no conquistaron al público. Dado que mi orientación fundamental se hizo hacia las letras latinoamericanas, debo declarar que los hallazgos de que puedo enorgullecerme (los errores y los olvidados los dejo a los enemigos) se debieron a los viajes por el continente: aunque parezca imposible, Alejo Carpentier era prácticamente desconocido en el sur en 1962, cuando ya estaba publicando El siglo de las luces; no era en cambio tan raro que, por esa misma fecha, nadie supiera quien era Gabriel García Márquez, cuyo nombre me citó por primera vez Ricardo

Latcham, el mejor "gourmet" literario que yo haya conocido, y cuyos cuentos di a conocer en Marcha; y si Mario Vargas Llosa era conocido, se debía fundamentalmente a que era corresponsal del semanario, pero de su país poco se sabía de José María Arguedas, como de Chile poco de la generación del 45 que capitaneó Lafourcade y que daría un novelista como José Donoso, como de Venezuela nada del movimiento de Sardio y El techo de la ballena en que surgiría la obra considerable de Salvador Garmendia. En cuanto a la ostra mexicana se abrió para nosotros cuando Tomás Segovia e Inés Arredondo vivieron en Montevideo, pero siempre contó con canales editoriales eficientes; sin embargo poco hubiera adelantado si al visitar el país en 1962, Jaime García Terrés no le hubiera pedido que me guiara a un joven de 23 años que parecía salido del primer verso del soneto de Mallarmé, José Emilio Pacheco. De los argentinos nada que decir: pertenecían al mismo barrio, escribían en el semanario como si fuera propio de acuerdo a inveterada tradición. Los cubanos lo hicieron abundantemente desde que la revolución concentró los focos sobre ellos y estuvieron representadas muy opuestas líneas de su hasta hoy agitada evolución literaria.

En el capítulo de autocrítica debo poner nula atención por el teatro y escasísima por la poesía nueva de los sesenta que solo tardíamente fui recuperando. Aunque he dado bastantes cursos universitarios sobre poesía hispanoamericana y he escrito con asiduidad sobre el período modernista, no he escrito nada sobre poetas tan importantes como Lezama Lima, Octavio Paz, León de Greiff, Enrique Molina, Nicanor Parra. Lo he hecho más sobre los posteriores (Pacheco, Antonio Cisneros, Idea Vilariño, Juan Gelman, Juan Sánchez Pelaéz) pero ya fuera de Marcha. Una buena vida intelectual -creo que era Sábato quien lo decía- debería durar unos 800 años, de los cuales 300 dedicados exclusivamente a la lectura. Si Dios me la concede trataré de cumplir en ella mi deuda con la poesía, pues paradójicamente, pienso que

es el arte más alto que nos haya sido concedido y no hay experiencia estética comparable a la que ella proporciona. En cuanto al teatro no me acostumbré a visualizarlo fuera de la escena: en los mismos años de Marcha comentaba un promedio de dos a tres estrenos semanales, escribía mucho sobre teatro y, sobre todo, incurría en un vicio generalizado de la época, que eran las "mesas redondas" para presentar obras o discutir las, pero no reseñaba libros con obras teatrales. Eso pertenecía a la sección adyacente del semanario consagrada a espectáculos, corroborando la crítica que siempre nos ha dirigido Isaac Chocrón, acusándonos de echar al teatro fuera de la literatura.

No volvería a dirigir una sección semanal de literatura, nunca jamás, ni le aconsejo a nadie que lo haga, no digo por diez años, ni por cinco ni por dos. Junto a eso, el columnista semanal de literatura que he sido después, es un paseo por un jardín. Tampoco he querido nunca recoger en libros mi producción de esa década, ni espero que me sobrevenga postmortem un vengativo Cobo Borda que urge los diarios y reúna los escritos (es por otra parte lo que yo le he hecho a Pedro Henríquez Ureña en el volumen La utopía de América, de la Ayacucho) porque, como dicen las tías de sus muertos: están bien donde están. Todo está escrito sobre el tiempo, en más o en menos, a nadie se le ha conferido la eternidad, pero hay cosas que son más afines al tiempo que otras, son ese tiempo que ha pasado y ellas quedan reservadas a unos muy pocos que padecen de su seducción de un modo intolerable: podrán saciarla en la colección amarillenta de la Biblioteca Nacional, una vez que hayan sido convertidos en polvo los cancerberos analfabetos que han amordazado la espléndida cultura uruguaya, de la que Marcha fue su más honroso exponente.